

¿Qué, siempre habrás de ser la eterna Dido,
Amante abandonada que suspira
Por sus justas y muertas libertades?
¿Con sangre siempre correrán tus ríos?
¿Qué, nunca han de torcer nuestros navíos
El cabo de las negras tempestades?

Es fuerza, pobre Antígona, que veas
Trocadas en verdad tus ilusiones,
Abriendo tu cerebro á las ideas
Y tus puertos á todas las naciones.
Ha pasado la edad del odio eterno,
Surge nuevo horizonte de improviso,
Y aparece de súbito en tu infierno
La Beatriz que conduce al Paraíso.

Léjos de aquí las bizantinas luchas
De torpes ó serviles pretorianos;
No han de darte los Cídes, Patria mía,
La honrada solución de la miseria;
Has menester la industria y el talento,
Las alas del vapor en la materia
Y en la mente el vapor del pensamiento.
Que nunca ociosas las viriles manos
Guarden tus hijos, pálida matrona,
Si hombres son y nacieron mexicanos:
Les sobra aliento y ánimo esforzado;
Y en esta lid suprema, quien te ame,
Quien trabaje contigo es el honrado;
Quien se alce en rebelion es el infame!

Mayo, 5 de 1883.

XIII.

LERDO (FRANCISCO DE A.)

A L U Z.

**

¿Por qué tan temprano llegan
Las aves á mi ventana,
Y con su acento pretenden
Quitar el luto á mi estancia?
¿No saben que en esta fecha,
Que es tanto para mí grata,
Estoy solo con mi duelo,
Y solo con mi desgracia?
No advierten que de tinieblas
Circuida tengo el alma,
Pues dí la luz de mis ojos
Por el sol de una mirada?
¿No ven que vivo muriendo?
¿No están palpando mis ansias?
No saben que ausente de ella
Mi corazón se acobarda?
Entonces, por qué dejaron
El nido que amores guarda,
Y vienen á ver al triste
Que llora cuando ellas cantan?

Dirijan pronto su vuelo
Hacia la tierra lejana,
Donde quedó la que adoro,
Donde está la que me ama.

Y si quieren las caricias
De la que es mi soberana,
Díganla que las envíe
Con el recuerdo de mi alma.

XIV.

OCHOA (PABLO.)

HORROR!

(Traducida de Victor Hugo.)

IV.

**

Hace cuatro mil años que encorvada
Bajo el odio infinito,
Escarbando su tumba con los hierros
De su propia cadena destrozada,
Cavando el suelo, taladrando lo alto,
Procurando evadirse á la natura
Con inmenso sollozo,
El alma humana, pobre galeote,
No puede aún hacer una abertura
En el techo del cielo calabozo.

El pensador, que emanciparse ansía,
Levanta en vano el funerario vuelo
Y golpéa con su alma de tinieblas
La bóveda sombría;
Cae, muere, su tiempo dura poco,
Y apenas, en la noche desolada
Que nos lega, escuchamos cómo zumba
Lo que en voz apagada
Murmura el universo tartamudo
En el oído sordo de la tumba.

Somos razas y turbas pasajeras
Que sentimos correr, estremecidas,
Por nuestros rostros hálitos glaciales,
Somos el negro caos agitado;
Somos, lo que sus alas sacudiendo
Arroja el aire al viento huracanado;
Somos los copos de la eterna nieve
Entre la eterna oscuridad cayendo.

¿Por qué fulguras Vénus?
¿Dónde ruedas Saturno?
Ellos prosiguen; nada nos responde
El éter taciturno;
Tiritita el hombre, huérfano y desnudo;
La extension se desborda de olas negras
Llena de horror; el tenebroso enigma
No tiene más palabras que un gemido;
En el mismo infinito ya no caben
Los problemas del gran desconocido.

¡Siempre, siempre la noche!
¡Jamás el cielo azul, jamás la aurora!
Sin descanso marchamos
Y ni un paso hemos hecho en la jornada;
Lo que soñaba Adán eso soñamos!
La creacion flota y huye arrebatada
Por los ásperos vientos; distinguimos
Entre las sombras una inmensa estatua
Y Jehová le decimos !

XV.

OLAGUIBEL (MANUEL).

BIEN SUPREMO.

**

Madre ¿por qué á mis ojos
El mundo entero
Era un campo sin flores,
Triste y desierto.
Y ahora suspiro
Sin envidiar los goces
Del paraíso?

Los paisajes que un tiempo
Me entristecían,
Hoy forman el encanto
Del alma mía;
Mi sueño es dulce,
Dulce como la gloria
De los querubus.

—Oh madre ¿por qué cambia
La faz del mundo?
—¡Ay! no delires niña,
Tu afán es humo,
Tan sólo el alma
Se transforma al impulso
De la esperanza.

—¿A través de qué prisma
Veré la tierra,
Que un eden delicioso
Mi vista encuentra?
—Lo sé, mi vida:
A través de otros ojos
La tierra miras.

¡Ay! benditos los sueños
Que forma el alma,
Al recibir los besos
De la esperanza,
Y el bien supremo
Que en los amores puros
Nos manda el cielo.

XVI.

PEZA (JUAN DE DIOS.)

A MI PADRE.

**

Yo tengo en el hogar un soberano,
Único á quien venera el alma mía;
Es su corona de cabello cano,
La honra su ley y la virtud su guía.

En lentas horas de miseria y duelo,
Lleno de firme y varonil constancia,
Guarda la fé con que me habló del cielo
En las horas primeras de mi infancia.

La amarga proscricion y la tristeza
En su alma hicieron incurable herida;
Es un anciano, y lleva en su cabeza
El polvo del camino de la vida.

Ve del mundo las fieras tempestades,
De la suerte las horas desgraciadas,
Y pasa, como Cristo el Tiberiades,
De pié sobre las ondas encrespadas.

Seca su llanto, calla sus dolores,
Y sólo en el deber sus ojos fijos,
Recoge espigas y derrama flores
Sobre la senda que trazó á sus hijos.

Me ha dicho: «¿á quien es bueno, la amargura
Jamás en llanto las mejillas moja;
En el mundo la flor de la ventura
Al más lijero soplo se deshoja.»

«Haz el bien sin temer el sacrificio,
El hombre ha de luchar sereno y fuerte,
Y halla quien odia la maldad y el vicio
Un tálamo de rosas en la muerte.

«Si eres pobre, confórmate y sé bueno;
Si eres rico, protege al desgraciado,
Y lo mismo en tu hogar que en el ajeno
Guarda tu honor para vivir honrado.

«Ama la libertad, libre es el hombre
Y su juez más severo es la conciencia;
Tanto como tu honor guarda tu nombre,
Pues mi nombre y mi honor forman tu herencia.»

Este código augusto, en mi alma pudo,
Desde que lo escuché, quedar grabado;
En todas las tormentas fué mi escudo,
De todas las borrascas me ha salvado.

Mi padre tiene en su mirar sereno
Reflejo fiel de su conciencia honrada.
¿Cuánto consejo cariñoso y bueno
Sorprendo en el fulgor de su mirada!

La nobleza del alma es su nobleza;
La gloria del deber forma su gloria;
Es pobre, pero encierra su probreza
La página más grande de su historia.

Siendo el culto de mi alma su cariño,
La suerte quiso que al honrar su nombre,
Fuera el amor que me inspiró de niño
La más sagrada inspiracion del hombre.

Quiera el cielo que el canto que me inspira
Siempre sus ojos con amor lo véan,
Y de todos los versos de mi lira
Estos los dignos de su nombre séan

A GARIBALDI.

**

El aura popular me trajo un día
Un nombre, que la fama y la victoria
Coronaban de luz y poesía
En la tierra del arte y de la gloria.